

Pertinencia de lo estético en tiempos de agonía y parto

Pedro Trigo

- * **La agresión económica y política y la represión policial no han hecho enmudecer el canto.**
- * **En estas condiciones de explotación, despojo y extranjería lo estético cobra una sustantividad inusitada.**
- * **Si se vive de chiva ¿cómo no celebrarlo?**
- * **En un tiempo de parto el poeta es un profeta.**
- * **Las fiestas tienen a veces un carácter escatológico.**
- * **Se dan raudales fulgurantes de belleza en las coyunturas más dramáticas porque el pueblo la cultiva en su vida cotidiana.**
- * **La estética popular no se degrada a la condición de propaganda. La estética popular no es militante.**

EL MURO INFRANQUEABLE DE LA BELLEZA

Gustavo Gutiérrez abre su libro *Beber en su propio pozo* con la siguiente pregunta: ¿Cómo cantar a Dios en tierra extranjera? Esta pregunta presupone dos afirmaciones: que el pueblo latinoamericano vive en tierra extranjera, y que en esta situación, verdadera noche oscura de la injusticia, es posible y conveniente cantar. Sobre el cómo hacerlo responde Gustavo Gutiérrez con auténtica teoría, es decir con la comprensión adecuada de lo que viene haciendo nuestro pueblo creyente y oprimido.

Así pues hay que comenzar afirmando el hecho. La agresión económica y política y la represión policial no han hecho enmudecer el canto. Además de las respuestas económicas y políticas a nivel organizativo, el pueblo latinoamericano sigue defendiendo su humanidad con el muro infranqueable de la belleza. Ante todo la música, pero también el trato, la palabra florida, los pequeños adornos caseros, el cuidado personal, los vestidos coloridos, y las pequeñas y grandes fiestas, las incesantes conmemoraciones que celebran ante todo el hecho milagroso de la vida en sus diversas manifestaciones y luego los logros, las victorias, la historia que forja con tanto esfuerzo, cariño y dolor.

Lo estético crea un ámbito, anima un camino, define poco a poco las figuras personales e históricas que se gestan, expresa la dimensión de gracia y libertad. Por eso no puede decretarse ni ser utilizado como propaganda. La estética popular no es militante.

UN MUNDO SIMBOLICO

El pueblo latinoamericano vive en tierra extranjera. El no ha sido el autor del mundo en el que vive, ha sido el actor a quien le ha tocado sufrir una trama ajena que lo excluye como sujeto, ha sido el agente que ha tenido que ejecutar a las órdenes de los de arriba un ordenamiento territorial y una producción y circulación de mercancías no pensados por ellos ni

para su provecho. En estas condiciones de explotación, despojo y extranjería lo estético cobra una sustantividad inusitada hasta convertirse en un verdadero ámbito en el que se vive como un refugio de sentido y dignidad. Ya se sabe que es un mundo simbólico; no sustituye pues al otro del que se ven privados. Pero de ilusión también se vive, y la ilusión se convierte en palanca para trabajar con constancia en la construcción de un mundo verdadero y propio.

Mucha gente en los barrios vive, p.e. en la música. Por eso los tremendos aparatos de sonido son artículos de primera necesidad. Ellos le sirven para aislarse, expresarse y apaciguarse, para mantenerse emocionalmente vivos y para canalizar sus emociones. Y la salsa, la música vallenata, los boleros, rancheras, pasillos, huaynos, la música llanera y tantas otras expresan verdaderamente la propia vida, dan forma a lo que se presenta con poder avasallador y de ese modo lo conjuran. La música compone un ámbito en el que aparece el mundo ajeno, pero desde la óptica propia; pero sobre todo es el ámbito de tantos deseos, sueños, ansias, desiluciones... es el ámbito de la subjetividad. No una subjetividad alienada, puesto que toma en cuenta la opacidad del orden establecido y el misterio irreducible del corazón humano, sino un mundo del que uno es ciertamente actor y agente, pero también y sobre todo autor. Sin este ámbito el pueblo se vería reducido a fuerza de trabajo, a masa desechada, unidimensional, objetivada. Por eso los medios de comunicación, en una feroz contienda ideológica, tratan de configurar un mundo espúreo construido desde la óptica del sistema. Pero el pueblo responde con su selectividad y con su creación como manantial inagotable: "Aquí me pongo a cantar/ al compás de la vihuela/ que al hombre que lo desvela/ una pena extraordinaria/ como la ave solitaria/ con el cantar se consuela". El canto es pues en primer lugar un ámbito primario de resistencia del pueblo como sujeto cultural y espiritual.

Pero la selectividad del pueblo se afina aún más y se torna bien precisa cuan-

do el pueblo se reúne y sobre todo cuando se reúne en torno a sí mismo, autoconvocado. Entonces los cantos, no pocas veces creados o adaptados para la ocasión, se vuelven tremendamente alusivos y, glosados por la palabra recurrente de algún presentador que nunca falta y reforzados por algún símbolo que ambiente y adorne, se convierten en verdaderos sacramentos de la esperanza.

CELEBRAR EL MILAGRO DE ESTAR VIVO

En estos tiempos de agonía, que no dan casi para vivir, el pueblo siente necesidad de celebrar la vida. Si no da para la cotidianidad, si hay que andar a salto de mata, si no puede cumplirse con el mínimo vital diario, si no puede atenderse la salud como es debido, si la casa no alcanza para vivir humanamente, si no hay escuela apropiada ni trabajo estable, al menos que se celebre la vida ya que no puede vivirse. Ese es el sentido de la abundancia de fiestas populares, tan malinterpretadas desde la suficiencia por el hijo mayor de la parábola (Lc 15, 25-31).

Y el mínimo de esta celebración es la solemnización de la muerte. Tal vez es el único homenaje que se le pudo rendir al difunto. Pero al menos demuestra el respeto que se profesa a la vida humana y el apego que se tuvo a ese ser cercano con quien se compartieron más penas que alegrías y a quien tal vez se hizo sufrir porque la vida no dió para más. Y así el velorio no expresa un culto a la muerte sino el reducto mínimo del sentido sagrado de la vida humana.

También se celebra la vida en su más desnuda afirmación que es el nacimiento, la echada de agua, el bautismo y el cumpleaños. Se celebra el estar vivo, porque precisamente en presencia de la muerte cotidiana del desamparo, del hambre, la enfermedad y la violencia es cuando más se valora el milagro de estar vivo y que a pesar de todo merece la pena vivir. Si se vive de chiva ¿cómo no celebrarlo? ¿cómo no agradecer a Dios?

Pero si la celebración desnuda y simple de la vida da esperanza por la afirmación que entraña del deseo de permane-

cer en ella y de su carácter sagrado, mucho más dan coraje y alegría las pequeñas y grandes celebraciones del pueblo convocado, de las comunidades, los grupos y las organizaciones. Las pequeñas celebraciones acontecen casi siempre porque casi nunca falta algún motivo. Luego vienen los logros y las victorias y los grandes aniversarios. Aquí la esperanza no es sólo genérica, tiene cauces y caminos y toma formas concretas. Naturalmente que entre lo logrado y lo que se necesita y desea el abismo es casi infinito. Por eso la esperanza como puente tendido, puente no sólo por la fe indomable sino por la afinidad entre lo que se vive como sémilla y el fruto que, con el favor de Dios, se cosechará.



ANTICIPAR IMAGINATIVAMENTE EL FUTURO

Esta afinidad es real. El pueblo sabe que el modo de producción determina el producto. Sabe que hacia una sociedad fraterna, creadora y participativa no se camina sino por cauces horizontales, abiertos y creativos, y así trata de avanzar cuando se organiza. Aunque el sistema no deja muchos resquicios, hay que estar-se defendiendo y además surgen contradicciones internas. De todos los modos corrigiendo a cada rato el rumbo para que no se desvíe, trata de mantenerse en esa tónica. Desde esta perspectiva las expresiones estéticas buscan anticipar imaginativamente el futuro, lanzando hacia adelante no sólo los anhelos sino los pequeños o grandes logros. Cantando a las semillas se adivina en ellas el fruto y se lo hace ya simbólicamente presente. De es-

te modo también el fruto pregustado, interiorizado, ansiado se va abriendo camino, buscando materializarse. De ahí la enorme responsabilidad de los artistas, que pueden desviarse proponiendo espejismos o siendo incapaces de remontarse más allá del presente idealizado o invertido o soñando mundos unidimensionales...

En un tiempo de parto el poeta es un profeta, y también lo son el músico y el artista plástico. Al nombrar adecuadamente, al plasmar hermosamente lo que van haciendo se lo entregan al pueblo para que lo reconozca y lo guste y de este modo la fluencia de la historia tome formas sin perder su plasticidad. La historia no puede forzarse voluntarísticamente, pero

el canto sí puede conjurar el futuro y de este modo mantener presente el horizonte y encendido el deseo.

Particularmente las fiestas toman a veces este carácter escatológico. En ellas puede expresarse el cuerpo social como no puede hacerlo en la cotidianidad porque no están dadas aún las condiciones. La participación diferenciada, el entusiasmo compartido, la comunión solidaria, la alegría del encuentro motivado, los temas fundamentales del proyecto histórico como lazo de unión consecuente y consentido, todo lo que contribuye a que la

masa dispersa se convierta en pueblo reunido, todo lo mejor de cada quien, apartado lo mezquino, eclosiona de pronto y verdaderamente acontece. Acontece lo que dura el acto. No se puede prolongar. La multitud se disgrega. Se reinstaura la cotidianidad. Queda como rescoldo la certeza de que lo que se busca es posible y merece la pena, queda una claridad interior y un hervor que habrán de servir de motor y antorcha en la noche oscura del camino.

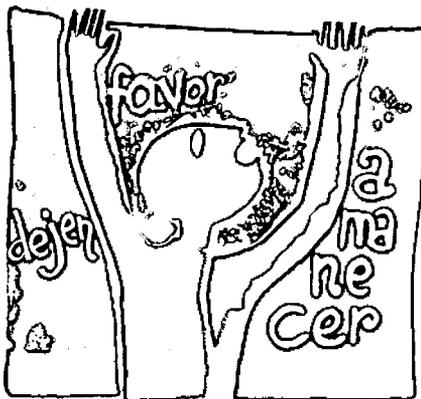
UN TOQUE DE GRACIA

A veces es palpable en esas fiestas un como estado de gracia, como un clima que se respira, como una pulsación que se siente, como un aroma que se derrama, como un don que se recibe. Es que la fiesta es el momento de la gratuidad, desaparece el cálculo que mira a la utilidad

de los medios y sólo queda lo que vale de por sí. La mercancía se saca del mercado y se consume. La fiesta no. Uno se sume en ella. Se da la fruición. El gozo del don mutuo.

Aunque se sabe que el modo de producción determina el producto y por eso se quiere llegar a un mundo valioso por un camino cualitativo de modo que el camino sea ya incoado el mundo que se busca, a veces no es posible porque habitamos un mundo extranjero y nosotros no ponemos muchas veces las reglas de juego. En nuestro mundo capitalista los medios nada tienen que ver con los fines, incluso frecuentemente los contradicen. El mundo de la mercancía que se diseña, produce y vende, ordinariamente muy poco tiene que ver con el mundo valioso del tiempo libre, el tiempo propio. El mundo de la mercancía posibilita las condiciones materiales del tiempo en que uno se recobra, es decir da medios, dinero para comprar aquello que utilizo como vehículo de mi realización y felicidad. El problema es que en el tiempo enajenado también vivo y lo que vivo me afecta, se convierte en un modo de vida, no se mantiene sólo como medio de vida, aunque la conciencia pugne por invisibilizarlo. Pues bien, ese modo de vida acaba irrumpiendo en el ámbito de la vida recobrada. La dicotomía se va resolviendo por el predominio a la larga del mundo de la mercancía. Y poco a poco el tiempo libre se reduce a un consumo de mercancías más o menos sofisticadas. El trabajo denodado en el mundo alienado se justificó al comienzo con miras al don en el mundo valioso: Para hacer feliz a la esposa, para sacar adelante a los hijos, por ellos. Al fin el don se degrada a comprarles mercancías. Subsiste con frecuencia el impulso al don, pero ya éste no puede ser personal, sólo se expresa mediante mercancías.

En estos tiempos de agonía y parto al pueblo se le reservan los trabajos menos creativos, más mecánicos y desgastantes y peor retribuidos, y con frecuencia tiene que conformarse con subempleos que devalúan. Y sin embargo el pueblo anhela una vida cualitativa. Cuando él puede organizarse el trabajo, en cooperativas, en trabajos de ayuda mutua o trabajando por cuenta propia si trata de expresarse en él, de mantener su carácter personalizado o por lo menos impersonal, no despersonalizado. Pero en la mayor parte de los casos esto no es posible. ¿Cómo hacer entonces para que no se lo trague el mundo de la mercancía? Se da la lucha en el mismo trabajo mediante los sindicatos, existe también la lucha política y las orga-



nizaciones barriales para constituir ámbitos de vida valiosa.

Pero dentro de estas luchas y flanqueándolas se da el ámbito estético como expresión privilegiada del valor y de la gracia. Del valor en cuanto que lo estético está fuera completamente de lo útil, de lo que reviste condición de medio. Es lo que vale en sí y se quiere por sí. De la gracia en las diversas acepciones de esta palabra. "Dios te ha dado la gracia del cielo, María Dolores" canta Lecuna y con él todo el pueblo al admirar la belleza, la donosura y el encanto de algunas personas, sobretodo mujeres. También hay gente que cae en gracia, que cae bien, que de entrada es aceptada y a la que se le perdona fácilmente. Hay otros que hacen gracia con sus ademanes o con lo que cuentan, personas que tienen gracia. La gracia puede también pedirse o esperarse; es algo que no se merece, pero que puede implorarse y darse. El amor, el perdón, la amistad... todo lo verdaderamente valioso es pura gracia. No puede comprarse, ni siquiera merecerse. Finalmente las relaciones de Dios con las personas y con todo lo que existe son pura gracia. La salvación no es un negocio, la amistad de Dios no se merece, es gracia que él otorga. Así dice el ángel a María de Nazaret: "No temas, María, pues has hallado gracia a los ojos de Dios" (Lc 1,31). Y así nos pide Dios que procedamos nosotros pues "si quieren sólo a los que los quieren ¿qué gracia tiene eso?" (Lc 6,32). La gracia en todas sus acepciones tiene una indudable dimensión estética, pertenece a la belleza, hace vivir y reir existencialmente, participa en grados diversos de la belleza trascendental, y en su sentido más pleno pertenece al bien absoluto, aunque desde el semblante de la belleza, de lo apetecible, de lo que da gusto, el gusto que viene de Dios y Dios goza.

Esta dimensión de valor y gracia tiene que estar presente en nuestros trabajos y luchas, no sólo en su motivación sino en su desempeño concreto. Y ése es el gran

reto de la liberación latinoamericana. En este sentido no puede estar ausente de ella un toque de belleza y de hecho sí se dan raudales de belleza fulgurante en las coyunturas más dramáticas. Pero esto es posible porque el pueblo cultiva la estética en su vida cotidiana como realización ya liberada de la gratuidad y el valor.

LA ESTETICA POPULAR NO ES MILITANTE

Creémos haber mostrado que la dimensión estética es particularmente pertinente en tiempos difíciles. Por eso los grupos organizados son proclives a servirse de ella utilizándola como propaganda. Esta tentación es común a grupos de derecha e izquierda ya que proviene ante todo no de determinados contenidos sino de la posesión de una organización y de un aparato que tienden a absolutizarse y de este modo a convertir en medio para sus propósitos a las diversas dimensiones e instancias de la realidad. Lo estético se degrada a propaganda cuando no interesa en sí y en sus propias virtualidades sino con miras a lograr determinados propósitos que no son valiosos en sí sino que son metas operativas establecidas por la organización. Es un arte mediatizado, como lo es la propaganda publicitaria que exige cotas altas de creatividad pero degradada ya que su finalidad es la construcción de fetiches que tienen que fascinar pero que lejos de dar vida sacrifican vidas humanas. En los años 60 fue entendido no pocas veces el compromiso del artista revolucionario como mediatización a las metas de la organización. Este modo de arte militante nunca trascendió al pueblo. La estética popular no es militante. De ahí su valor intrínseco y su "efectividad" superior.

No se respeta ni respeta a su pueblo un artista para el que lo estético es mero ropaje. Ahí sólo queda el oficio, pero vacío de trascendencia ya que ésta no le adviene al arte desde fuera por la nobleza de la causa a que sirve sino desde dentro por su sustantividad.

Un arte que olvida su condición simbólica y se convierte en conceptos y consignas, que renuncia a la polisemia y se torna unidimensional como un programa político, un arte que se aparta del humus protico de la vida y se reduce a la enunciación enardecida de un proyecto histórico, un arte que olvida su tono expresivo y se convierte en denuncia y prescripción, en dogma, disciplina y moral, a pesar de sus intenciones, es un arte alienado y alienante.